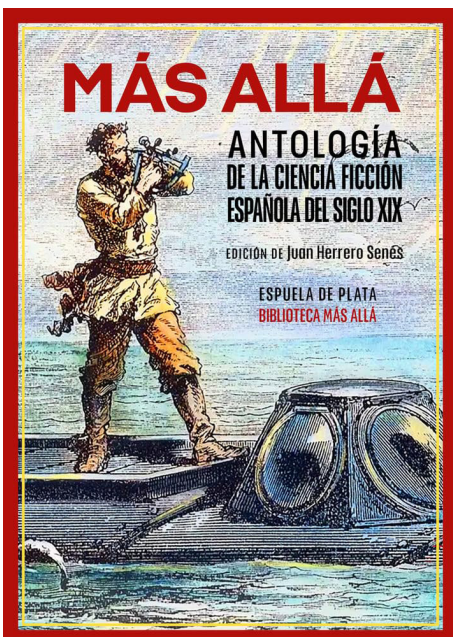




© Mariano Martín Rodríguez

# Una antología necesaria de la ciencia ficción española del siglo XIX

*Mariano MARTÍN RODRÍGUEZ*



*Más allá. Antología de la ciencia ficción española del siglo XIX*

Edición de Juan Herrero Senés

Sevilla: Renacimiento, 2025, 398 pp.

Como recuerda el editor de esta antología, Juan Herrero Senés, se trata de un complemento de otra suya anterior dedicada a la ciencia ficción española del primer tercio del siglo XX. Su objeto ahora es mostrar sus orígenes y precedentes durante el siglo anterior a través de una selección de ejemplos de narrativa breve, todos ellos publicados de forma íntegra y precedidos de una introducción. Esta es relativamente breve y, dada la amplitud y variedad de los textos recogidos en la antología, podría parecer demasiado escueta para quienes

deseen profundizar en el conocimiento de la ciencia ficción española del siglo XIX en lengua castellana. Esta brevedad no es seguramente ni mérito ni demérito de Herrero Senés, sino que cabe atribuirla a la política de la editorial que ha sacado a la luz este libro. Sin embargo, la limitación del espacio a su disposición hace difícil, cuando no imposible, ahondar filológicamente en las características específicas de cada uno de los relatos elegidos, ni tampoco en la variedad de la ciencia ficción decimonónica en España (y fuera de ella) y sus circunstancias históricas y literarias. Más que un estudio detallado, la introducción constituye, pues, una presentación divulgativa de lo mucho que se ha indagado y descubierto sobre este tema en los últimos años, cuando la ciencia ficción parece haberse convertido por fin en objeto de investigación académica respetable. A esta tarea lleva contribuyendo Herrero Senés desde hace años, como demuestran, entre otros, sus artículos y reediciones de ciencia ficción española temprana prácticamente desconocida antes de que él señalara su existencia.

Este importante bagaje se nota, entre otras cosas, en el acierto de sus juicios y afirmaciones, empezando por la fundamental de que la ciencia ficción se consolidó, ya en el siglo XIX, «como una forma y modo legítimo y novedoso de abordar, fabular y reflexionar sobre los cambios que iban afectando a las sociedades» (p. 10). Sin embargo, ante ese progreso, entendido sobre todo en su dimensión tecnológica, los cultivadores españoles de este género de ficción adoptaron a menudo una actitud refractaria o, al menos, escéptica, lo que tampoco era excepcional, ni mucho menos, en otros países y literaturas. Este conservadurismo fue compatible con un amplio uso satírico e inconformista de la ciencia ficción como herramienta de crítica social y política de

diverso signo, como se puede observar en varios cuentos de la antología.

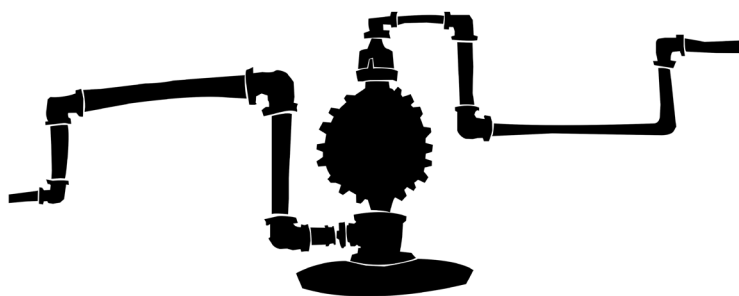
Esta se divide en tres bloques. El primero, titulado «Más allá de aquí», engloba las narraciones que evocan traslaciones reales o virtuales de carácter espacial. El segundo, «Más allá de ahora» se organiza en torno a ejemplos de traslación temporal. El tercero, «Más allá de lo posible», es una especie de cajón de sastre en el que encontraremos tanto nuevos inventos y sus consecuencias como historias sobre los límites del conocimiento. Dentro de cada bloque, la variedad es la norma, aunque en el titulado «Más allá de aquí» parecen predominar los textos relacionados, de una manera u otra, con la ficción utópica. El primero es un apólogo distópico de Cándido María Trigueros (1736-1798) publicado póstumamente en 1803 y titulado «El mundo sin vicios», y no es otra cosa que una versión no reconocida por el falsario autor de un relato del inglés Oliver Goldsmith (1728-1774), como bien indica Herrero Senés. Puesto que se adaptó en el siglo XVIII a partir de una narración del mismo siglo, su presencia en una antología de la ciencia ficción española no tiene tal vez otra justificación que la de cubrir el período de los inicios del siglo XIX, que fue un período prácticamente vacío para el género en España. De hecho, todos los demás relatos de la antología vieron la luz en la segunda mitad del siglo. De este período son otros viajes imaginarios de este bloque, como el efectuado en globo por un inglés partido de un pueblo cercano a Toledo en «Desde la luna» de Abdón de Paz (1840-1899). La versión publicada en esta antología es la breve del volumen *Sueños y nubes* (1884), en vez de la primera y más extensa aparecida en *La Biblia de las mujeres* en 1867, en la que se presenta con más detalle el ordenamiento utópico de la sociedad lunar, cuya comparación

implícita con los usos sociales terrícolas funda el planteamiento finamente irónico del cuento.

Esta clase de contraposición también determina el tenor de la descripción de la vida «En el planeta Marte» hecha en 1890 por Nilo María Fabra (1843-1903), donde el amplio recurso a tecnologías avanzadas intensifica el efecto fictocientífico de esta curioso texto escrito a la manera de un informe etnográfico, y también de «Formio XXVI» (1890) de Sinesio Delgado (1859-1928), un famoso humorista que ofreció aquí una obra extremadamente original de xenoficción mirmecológica combinada con ciencia ficción como tal, ya que es un procedimiento tecnológico el que permite al estafalario científico protagonista quedar reducido al tamaño de una hormiga y observar entonces cómo funciona un hormiguero como sociedad alternativa a la humana, pero en la que se observan fenómenos absurdos como el culto institucionalizado a un pedrusco como si fuera una divinidad, cosa que Delgado ve como perfectamente equivalente al absurdo de las religiones humanas.

El contacto entre especies inteligentes intraterrestres contado por Sinesio Delgado se amplía a las extraterrestres en «Los habitantes del espacio» de Octavio Lois (1857-1888) la trágica historia de un ser de otro planeta que un barco pesca en el océano, pero que desaparece en un naufragio, quedando tan solo el testimonio indemostrable de uno de los supervivientes. Este precedente de los alienígenas de la ciencia ficción posterior destaca por su descripción de las extrañas características físicas del ser llegado del espacio, con quien no se llega a entablar comunicación, ni amistosa ni hostil.

El resto de los relatos del bloque tienen quizá mucho menos que ver con lo que se suele considerar hoy fictocientífico, pues se trata más bien de desarrollos de experimentos sociológicos a favor o en contra de las tendencias igualitaristas que abogaban por el fin de las diferencias sociales derivadas de la mayor riqueza de unos y otros. Tenemos una apología del anarquismo en «El siglo de oro» (1889) de Marián Burgués (1851-1932), a la que se contrapone una visión desencantada de la



posibilidad de la utopía libertaria a la vista de las pasiones y egoísmos humanos, como la que se expone en «La sociedad perfecta» de Eugenio Sellés (1842-1926). El egoísmo individual también hace fracasar el experimento de «La nivelación social» (1891) realizado por un indiano rico en su pueblo natal, según cuenta Magdalena de Santiago-Fuentes (1873-1922) en un cuento que sorprende por su sadismo, pues el indiano manda disparar a quien quiere escapar del experimento de igualdad, lo que puede sonar profético a la vista de los castigos impuestos en la vida real a quienes han intentado escapar de otras utopías igualitarias practicadas en el mundo desde 1917. También suena muy contemporánea, por su planteamiento ecologista, la historia contada por José de Siles (1856-1911), a imitación de un relato semejante anterior de Alphonse Daudet (1840-1897), en «La batalla de los árboles» (1884), en la que el intento de construir una sociedad ideal fracasa por la reacción de la naturaleza, que recupera su lugar tras el paréntesis de su explotación por los robinsonianos utopistas. Además, esta narración reviste cierto interés formal como ejemplo de escritura historiográfica aplicada a sucesos del porvenir, esto es, como historia futura.

En el bloque segundo, la utopía y su contrario se extrapolan al porvenir en «La Internacional y las españolas» (1872), en la que un político burgués en ejercicio, Juan Bravo Murillo, presenta, desde una excepcional perspectiva femenina, el triunfo terrible de una revolución proletaria y la distopía consiguiente, mientras que una visión más bien utópica de un siglo XXI pacífico, en el que la educación y la tecnología sirven al bien de la sociedad, predomina en el «Sueño extraño» (1870) de Eusebio Blasco (1803-1873), de cuyo acierto predictivo pueden dar fe los lectores de hoy, quienes ya hemos alcanzado aquel venturoso

siglo soñado. Lo que no podremos comprobar por ahora es si acertó en algo Manuel Ossorio y Bernard (1838-1904) al pintar la Puerta del Sol madrileña «En el año tres mil» (1874), en forma de cuadro de costumbres prospectivo que describe una sociedad que, sin ser utópica, parece funcionar razonablemente bien, también en lo que al empleo de alta tecnología se refiere. En cambio, tanto la tecnología como cualquier intento serio de imaginación del futuro falta en la anticipación «Revista de la semana» (1866), que es más bien una sátira de aire alegórico de la corrupción política contemporánea y que creemos que Herrero Senés ha hecho figurar en la antología sobre todo por la reputación literaria de su autor, Benito Pérez Galdós (1843-1920). Esta reputación es igual de alta en el caso de Leopoldo Alas (1852-1901), más conocido por su seudónimo de Clarín, pero tiene un carácter más marcadamente ficcional su «Cuento futuro» (1886), pues su protagonista es un sabio que ha encontrado un procedimiento material para hacer posible el anhelado suicidio colectivo de la humanidad, «pero una vez llegado el instante final descubrimos que no todo termina de producirse como se suponía» (p. 22). Esto es todo lo que cuenta Herrero Senés para evitar destripar el argumento del relato, y ha hecho bien, porque la ironía clariniana se muestra en su vertiente cruelmente incisiva en una historia que entronca al final con la mitología cristiana de los inicios y las postrimerías. No queda títere con cabeza, especialmente si el títere es de género femenino, si bien la misantropía del cuento es universal y eterna.

Tras la cumbre literaria que representa este «Cuento futuro» en el ecuador de la antología, tenemos la impresión de una caída abismal al leer las historias futuras a corto plazo sobre la unión ibérica, en una versión monárquica y otra republicana, cuya contraposición repite

otras ya vistas entre planteamientos ideológicos más o menos opuestos. Por desgracia, mientras que otros apólogos y anticipaciones de orden sociológico se mantienen en la esfera de las ideas y pueden mantener su interés hasta hoy, cuando lo que defienden o atacan sigue presente en la vida colectiva, la política-ficción de la unión ibérica está tan vinculada a las circunstancias de la época que ha perdido toda actualidad, aunque su inclusión en la antología se justifica como ejemplos de la amplia producción de anticipaciones a corto plazo al servicio de causas políticas contingentes que se puede hallar en la prensa decimonónica, tanto en España como en el resto del mundo. En este contexto, el ideal de la unión ibérica, que fue bastante influyente entonces en los dos países (des)interesados, es un tema autóctono, a diferencia de las anticipaciones de las guerras futuras que abundaron extraordinariamente en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, y que tuvieron en España también buenos representantes, y en primer lugar Nilo María Fabra, como el propio Herrero Senés ha explicado en un libro señero sobre la anticipación bélica española titulado *The Science Fiction of Defeat: Future Wars in Spanish Culture (1870-1939)* [La ciencia ficción de la derrota: Guerras futuras en la cultura española (1870-1939)] (2025).

Volviendo a esta antología, tampoco destaca demasiado literariamente la mayoría de los relatos del tercer bloque, «Más allá de lo posible», cuyo hilo conductor parece ser la introducción de un elemento científico o tecnológico inédito que determina el curso extraordinario de la trama, aunque esta se limite a la esfera privada y no afecte en su conjunto al mundo primario extrapolado en la ficción. Esta novedad no parece existir realmente en el relato de Dolores Gómez de Cádiz (1818-1881) titulado «La soledad del alma», pues

es simplemente «un diálogo imposible entre un poeta y un científico que discuten sobre los poderes de sus respectivas especialidades para entender y explicar la realidad» (p. 24). En resumidas cuentas, se trata de un diálogo filosófico cuyo contenido escasamente ficcional no parece tener mucho que ver con la ciencia *ficción*. ¿Obedece su inclusión a la moda de una diversidad mal entendida que obligaría a ensamblar antologías siguiendo cuotas dependientes de las circunstancias o la identidad particulares (por ejemplo, el sexo o género), en vez de atenerse sobre todo a la excelencia literaria de las obras seleccionadas? No lo creemos así en el caso de Herrero Senés, cuyo rigor histórico y filológico están fuera de toda duda y que, por lo demás, hubiera podido echar mano, en el caso de que la editorial hubiera insistido en la cuota femenina, de un cuento de Emilia Pardo Bazán que habría encajado muy bien en este bloque, «La cabeza a componer» (1894). Este habría sido, además, más ameno y de escritura más experta que el ensayo dialogado de Gómez de Cádiz, cuyo conservadorismo moral, típico de las autoras decimonónicas españolas de su generación de «ángeles del hogar», vemos reproducido, en su versión masculina y misógina, en «El diamante artificial» (1894) de Ramón Rodríguez Correa (1835-1894), cuyo mensaje machaconamente expresado es que los inventores no deben casarse, porque sus esposas impedirán con sus materiales preocupaciones que dediquen su vida a la ciencia... En la misma línea, «La última experiencia de los rayos de Roentgen» (1896) de Ernesto García Ladevese (1850-1914) emplea el reciente invento de los rayos X para comprobar que determinadas mujeres no tendrían físicamente corazón, lo que explicaría su falta de sentimientos hacia los varones, empezando por el cónyuge. Huelgan los comentarios sobre lo obsoleto de la idea y

del mensaje, por no hablar de la tosquedad de su ejecución literaria.

En contraste con esta enfadosa seriedad de unas y otros, en este bloque ha tenido Herrero Senés el acierto de incluir un cuento de aire fantástico titulado «Los anteojos de color» (1897), que es una de las narraciones de José Echegaray (1832-1916) que hacen pensar que su narrativa merecería mayor recuerdo que su teatro. Las gafas objeto de la historia permiten leer el pensamiento y llegan accidentalmente a poder del desgraciado protagonista, quien descubre el tenor verdadero de lo que por fuera parecen muestras de urbanidad y moralidad. La misantropía que se desprende ineludiblemente de la peripecia convence de su fundamento gracias a la habilidad retórica de Echegaray, que confía la narración a un yo cuyo curso emocional se antoja genuino. En este caso, el moralismo no es impostado, ni tampoco está sujeto a las circunstancias efímeras de la mentalidad de su tiempo.

Esta verdad emocional también caracteriza a la narración que constituye tal vez la gran revelación de esta antología, «El recién nacido» (1871) de Ricardo Becerro de Bengoa (1845-1902), entre otras cosas porque se cuenta entre los primeros ejemplos mundiales de ficción heterocrónica, en su apartado de ficciones sobre la inversión del tiempo biológico humano, desde la vejez hasta la infancia, cuyo ejemplo más conocido es seguramente «The Curious Case of Benjamin Button» [*El curioso caso de Benjamin Button*] (1922) de F. Scott Fitzgerald (1896-1940). A diferencia de este último, el extenso relato de Becerro Bengoa es realmente ficciocientífico, pues sí ofrece una explicación científico-tecnológica del proceso, el cual se debería a una sustancia inventada por un boticario amigo del protagonista. La muerte de este último en un naufragio deja solo al protagonista, el único que había tomado la

pócima junto con aquel y que ahora se ve incapaz de revertir sus efectos. Su trágica situación y la manera en que obra para disimular lo que le ocurre en una sociedad precientífica y creyente en brujas y demonios, como sería su Vasconia natal a principios del siglo XIX, se describen con un alto grado de verosimilitud realista, tanto en lo que se refiere a la caracterización de los personajes como a las notas de ambiente, sin moralismos intempestivos en contra del progreso científico, pese a que la historia podría justificarlos. Como es de esperar dado el tenor de su narración, Becerro de Bengoa tampoco exalta la ciencia, a diferencia de Augusto Pérez Perchet (1844-1903), quien presentó aquel mismo año de 1871 «El problema resuelto» de la apertura explosiva de los hielos que impedían alcanzar el polo norte, de acuerdo con la nueva mentalidad positivista de exaltación de la ingeniería y la innovación tecnológicas como vías de solución de los grandes problemas prácticos de la humanidad.

Esta confianza contrasta con la actitud de otros escritores de la misma generación de nacidos en torno a 1840, cuyos relatos escogidos para la antología muestran cómo la ciencia y las tecnologías a las que da origen pueden ser fuente de humor. Así ocurre en «Los microbios» (1892) de José Fernández Bremón (1839-1910), relato en el que se satiriza la obsesión higiénica contra los microbios, cuyo papel como causantes de infecciones se había descubierto no hacía mucho. El afán por acabar con ellos para salvar vidas acaba resultando apocalípticamente contraproducente en este cuento, cuyo empleo de diversos discursos retóricos y genéricos configura una construcción ficcional en la que una visión risueña del mundo es genialmente compatible con la pintura de las consecuencias nefastas de los excesos de un cientifismo tan idolatrado como mal entendido. En un registro semejante, aunque de menor alcance, figura

en la antología «Se cortan, ponen y cambian cabezas a precios arreglados» (1876) de Fernando Costa y Herranz (1843-1893). El título indica el asunto y su enfoque económico, como sátira que es de la deshumanización facilitada al parecer por la conjunción de la tecnología con la economía capitalista, si bien lo que nos parece más destacable del cuento es la conjunción de ciencia ficción y absurdo, como si se tratara de un precursor del planteamiento ficción científico de rusos como Mijaíl Bulgákov (Михаил Булгаков, 1891-1940).

Esta semejanza, como la que puede encontrarse entre la heterocronía de Becerro de Bengoa y la de Scott Fitzgerald son indicio suficiente de la originalidad y osadía imaginativa de la ciencia ficción española del siglo XIX, que ya no cabe considerar un fenómeno marginal en el panorama español e internacional. Aunque no llegó a ofrecer aún narraciones extensas comparables a *The Coming Race* [*La raza futura*] (1871) de Edward Bulwer-Lytton (1803-1873), *L'Ève future* [*La Eva futura*] (1886) de Auguste Villiers de l'Isle-Adam (1838-1889) o *Auf zwei Planeten* [*Entre dos planetas*] (1897) de Kurd Laßwitz (1848-1910), la ciencia ficción breve

española de aquella centuria es sobresaliente, y así lo demuestran algunos de los relatos de esta antología, tanto por sus asuntos como por su escritura, sean obra de autores del canon como Clarín o de otros que, como Sinesio Delgado, Ricardo Becerro de Bengoa y José Fernández Bremón, también deberían formar parte de él, y a juzgar también por las muestras ficción científicas y especulativas que Herrero Senés ha presentado a un amplio público en esta antología muy necesaria, entre otras cosas para oponerse de obra contra la inercia de unas historias de la literatura española que siguen primando ese chato costumbrismo que, desde Fernán Caballero (Cecilia Böhl de Faber, 1796-1877), tanto ha hecho sin querer para ocultar con su pesada mole la nutrida tradición decimonónica paralela de ficción especulativa en idioma castellano. Esta tradición era ya tan potente como para entrar incluso en el propio género del cuadro de costumbres, como demuestra el cuadro de Ossorio y Bernard incluido en la antología. Tras este libro, ya no cabe no darse por enterados de que la ciencia ficción española del siglo XIX es, pues, de amena lectura y muy digna de estudio.